¿QUIÉN FUE EL ÚNICO PROFETA QUE HIZO ARREPENTIR A DIOS?

Langostas devoradoras

En la historia de Israel hubo un solo profeta que, según la Biblia, logró hacer arrepentir a Dios de los castigos que había planeado. Gracias a su intervención, Dios se echó atrás dos veces y revocó la decisión que había tomado de destruir a los Israelitas. El nombre de ese profeta es Amós, y difícil encontrar en la Biblia un personaje más extraordinario que él. Fue el primero que se atrevió a predicar al pueblo (los profetas anteriores sólo predicaban a personas particulares), el primero que criticó la corrupción social, el primero que anunció la destrucción del país, y el primero cuyos sermones quedaron escritos en la Biblia.

Amós había nacido en Técoa, una aldea de Judá, situada 20kilometros al sur de Jerusalén en medio del desierto. Trabajaba como pastor (poseía un rebaño de ovejas), boyero (tenía algunos yuntas de bueyes) y cultivador de sicómoros (Am 1,1; 7,14). Era, pues, un pequeño propietario, sin mayores apremios económicos.

Un día del año 750 a.C., mientras cuidaba tranquilamente su ganado en las afueras de la aldea, tuvo una visión: contempló una plaga de langostas que invadía el país, devorando todo a su paso y dejando los campos arrasados. Amós se espantó, pues sabía que era el anuncio divino de que el hambre azotaría el país y causaría la muerte de sus habitantes. Entonces gritó desesperado: "*Por favor, Señor, perdona*" y Dios le contestó: "*Esta bien, no sucederá*" (Am, 7,1-3).

El muro está derecho o torcido.

Poco después de ese incidente, Amós volvió a tener otra visión: una lluvia de fuego caía sobre la tierra, secaba los mares e incendiaba el país, en un pavoroso espectáculo de infierno y muerte. Otra vez Amós reaccionó gritando: "*Detente Señor, por favor*". *Y Dios le contestó: "Esta bien, tampoco esto va a suceder"* (Am 7,4-6)

Desde ese día el pastor de Técoa andaba turbado, y en sus salidas al campo para hacer pastar el rebaño se preguntaba por que recibía esas extrañas imágenes. Entonces, una tercera visión lo sobresaltó. A diferencia de las anteriores, ésta no mostraba una catástrofe, sino un hombre con una plomada de albañil en la mano, que comprobaba si un muro estaba derecho o inclinado. La voz de Dios le preguntó: "¿Qué ves, Amós?". Él respondió: "Una plomada de albañil, Señor". Dios le dijo: "Con esta plomada de albañil voy a medir si la conducta de mi pueblo Israel es recta. No le voy a perdonar ni una vez más" (Am 7,7-9)

Amós comprendió el sentido de la visión: el muro (es decir, el pueblo de Israel) estaba torcido, y el derrumbe era inevitable. Había anunciado castigos a personas, y a grupos pequeños, pero ésta era la primera vez que anunciaba un

castigo para todo el país. Amós se dio cuenta de que ahora Dios estaba firme en su decisión, y ya no intercedió más. Guardo silencio. Un silencio aterrador.

Un hombre de mundo

El país que Dios estaba por castigar no era el de Amós (él vivía en el reino de Judá), sino el reino vecino de Israel. Y Amós podía sospechar por qué. En su condición de ganadero y de cultivador de sicómoros, él había viajado mucho, había estado en contacto con comerciantes y hombres de negocios, y conocía bien la situación política nacional e internacional de su tiempo. De hecho, en sus profecías menciona 38 ciudades y distritos, cada uno con su problemática, que muestra su formidable conocimiento de la realidad.

¿Y qué pasaba en Israel, para que dios hubiera decidido destruirlo? El reino estaba atravesando una de sus etapas más prósperas, pues el rey Jeroboam II había logrado realizar un "milagro económico" sin precedentes. Florecían las viñas, crecía la agricultura, la cría de ganado se había duplicado, progresaba la industria textil y tintorera, el comercio era profuso, y su capital Samaria se había transformado en una ciudad opulenta donde prosperaba la construcción de palacios y casas lujosas como nunca antes se había visto.

La situación política internacional beneficiaba al reino; los países vecinos (como Damasco, Asiria, Egipto) estaban en crisis, esto permitía a Israel vivir una época de paz y tranquilidad excepcional. Incluso la vida religiosa veía magníficos santuarios, uno de los cuales, en la ciudad de Betel era el orgullo nacional; ricamente adornado y atendido por sacerdotes a sueldo, celebraba grandes fiestas y atraía a numerosos peregrinos.

Cuando ruge el león

Pero todo ese bienestar ocultaba una enorme descomposición social. Porque mientras la clase dirigente aumentaba su riqueza, construía fastuosas mansiones, y organizaba espléndidos banquetes todos los días, mucha gente estaba sumida en la indigencia. Había graves desigualdades sociales y un contraste brutal entre ricos y pobres. Los campesinos estaban a merced de los prestamistas, que los exponían a hipotecas y embargos. Los comerciantes se aprovechaban de la gente, falseando pesas y las balanzas. Los jueces se dejaban sobornar, y recurrían a trampas legales. Y lo peor era que el gobierno no hacía nada para remediar la grava situación de injusticia. Amós se dio cuenta del vicio estructural que sufría la sociedad, y de que no había forma de enmendarla. La única salida era su destrucción. Dios tenía razón.

Pero mientras meditaba, Amós sintió de pronto la voz divina, que le dio la sorpresa más grande de su vida: le encargó ir al reino de Israel y anunciar la catástrofe. ¡Qué situación más embarazosa debió de experimentar Amós! Él, un ciudadano del reino de Judá, debía trasladarse a otro país y predicar un mensaje trágico y destructivo. Dios no podía pedirle algo más espinoso. Pensó

por un momento negarse, y decirle a Dios que no. Pero sintió un temblor en su cuerpo, un fuego que lo devoraba por dentro, y un rugido ensordecedor que amenazaba hacerle estallar sus oídos. No era fácil rechazar un encargo divino. Y ese día decidió aceptar la vocación de profeta. Como lo dirá años más tarde: "*Ruge el león, ¿Quién no temerá? Habla el Señor, ¿quién no profetizará?* (Am 3,8).

El desfile de los vecinos

Así fue cómo el ganadero de Técoa abandonó su casa, dejó sus rebaños, y partió rumbo a Samaria, capital del reino de Israel, a 90 kilómetros de su aldea, para anunciar lo que Dios le había revelado. Al llegar a la plaza del mercado, halló una multitud que abarrotaba los puestos de compra y venta de mercancía, venida de la ciudad y de las aldeas vecinas. Se ubicó entonces en un lugar alto, donde todos pudieran verlo bien, y comenzó a hablar. Amós fue inteligente. Eligió una táctica genial y de gran hondura psicológica para inaugurar su misión. En vez de criticar directamente a Israel, que es lo que debía hacer, comenzó criticando a los países vecinos. La gente, al verlo predicar, empezó a acercarse para ver qué decía. Y sintió cómo Amós, en una rápida sucesión, reprochaba a las naciones enemigas de Israel sus pecados, y señalaba el castigo que los esperaba: a Damasco, por invadir territorios ajenos; a Filistea, por comerciar con esclavos; a Fenicia, por su falta de fraternidad; a Edom, por odiar a sus vecinos; a Amón, por su crueldad en la guerra; a Moab, por ultrajar a los muertos; y a Judá, por su idolatría (1,3-2,5)

Escándalo en la plaza

Pero el discurso no era una mera trampa retórica para ganarse la simpatía de la gente. Pretendía decir que si Dios juzgaba así a aquellos pueblos que no conocían su Ley, ¿cómo juzgaría al pueblo que, conociendo su Ley, la había rechazado? A esta altura del sermón, se había creado un ambiente de excitación formidable en la plaza. Las multitudes asentían ante cada palabra, y se preguntaban quién sería la próxima nación condenada. Dijo a los israelitas: "*Ustedes han cometido tantos crímenes como ellos. Porque venden al inocente por dinero, y al pobre por un par de sandalias; oprimen y humillan a los débiles, y pervierten a los más humildes; el hijo y el padre se acuestan con la misma mujer; se hacen quedar lo que no es de ustedes, rezan a los ídolos, y van al templo a tomar vino comprado con dinero ajeno*" (Am 2,6-16).

Estas palabras cayeron como una bomba en medio del mercado, y el clima se volvió tenso. El auditorio enmudeció, y poco a poco la gente se fue retirando presa de un gran nerviosismo, dejando solo al profeta judío. Pero Amós no se desalentó, regresó al día siguiente a las calles de la ciudad, con un mensaje más duro aún. Esta vez fustigó a las mujeres de la sociedad. Les grito:

"*Escuchen esto, vacas de Basán, que oprimen a los pobres y maltratan a los necesitados, que ordenan a sus maridos traerles vino para beber. Dios lo jura: vienen días en que*

ustedes se las llevarán con ganchos, y a sus hijos con anzuelos. Tendrán que salir entre los escombros, en fila, y las echarán al excremento. Lo asegura el Señor" (Am 4,1-3).

Por unos higos maduros

¡Era una provocación increíble! ¡Llamar "vacas de Basán" a las mujeres de la aristocracia! Pero Amós sabía lo que decía. Basán era la región fértil del noreste de Galilea, famosa por su ganado y sus vacas gordas. Y sabía también que la vida de lujo y bienestar que las mujeres de la capital llevaban sólo era posible gracias a la explotación y la opresión de grandes sectores de la sociedad.

Durante varias semanas, el tecoense continuó con sus denuncias ante la incomodidad de toda la ciudad Samaria. Denunció a la policía y su métodos violentos (3,9-10), a los jueces corruptos (6,12), a los abogados deshonestos (5,7), a las autoridades que aceptan sobornos (5,12), a los funcionarios cómplices de la "casa del gobierno" (6,1), a los usureros (5,11), a los ricos con su vida fastuosa y superficial (6,4-6), a los testigos falsos (8,14), a los poderosos que se aprovechaban de los débiles (8,4), a los comerciantes inescrupulosos (8,5), a los vendedores inmorales (8,6), a las chicas presumidas que sólo se preocupaban de su cuerpo, (8,13). No dejó a nadie sin acusar.

Pero todo resultó inútil. Nadie quería escucharlo ni se interesaba por sus palabras. Amós estaba descorazonado. Entonces, cuando volvía de regreso por el mercado, vio en un puesto una cesta con higos maduros, y su mente se ilumino. Dios le estaba hablando, y le decía que el pueblo, al igual que esa cesta de higos, ya estaba maduro. El castigo se acercaba de manera inexorable (8,1-3). Resolvió entonces partir de Samaria y dirigirse a la ciudad de Betel, donde estaba el más famoso santuario del reino, a unos 50 kilómetros al sur. Tenía todavía unas cuantas cosas que decir allí.

Expulsado por un sacerdote

Llegó a la ciudad justo un día de fiesta, cuando el Templo estaba lleno de peregrinos que, entre cantos y música, presentaban sus ofrendas y limosnas ante Dios. Amós se paró frete al inmenso portal de entrada, y con fuerte voz habló: "Dice Dios: detesto y odio las celebraciones religiosas de ustedes; me dan asco estas reuniones. No soporto los sacrificios que ofrecen en mi honor, ni las ofrendas; no acepto los terneros gordos que me sacrifican. Dejen de cantar por mí. No quiero el sonido de sus arpas. Lo que yo quiero es que haya justicia social y que practiquen la honradez cada día (5,21-24).

Amós estaba golpeando el centro neurálgico del reino. Se había atrevido demasiado. Y sucedió lo inevitable. Amasías, jefe de los sacerdotes, envió un emisario al rey para denunciar a Amós, diciendo: "Amós, está conspirando contra ti". Después, salió a enfrentar al profeta y de dijo: "Vete de aquí, vidente. Si quieres ganarte el pan profetizando, vete a Judá; pero no profetices en Betel, porque es el santuario del rey y el templo principal del reino".

Amós le contestó: "*Yo no soy profeta, ni pretendo serlo. Soy pastor y cultivador de sicómoros; Y Dios me sacó de en medio de los animales para que viniera a profetizar. Ahora escucha lo que Dios te anuncia: tu mujer será ultrajada en medio de la ciudad; tus hijos e hijas serán acuchillados; tu tierra será repartida a otros; tú morirás en tierra extranjera, y los israelitas serán llevados prisioneros lejos*" (7,10-17).

Ecos lejanos de terror

A pesar de las advertencias de Amasías, Amós siguió profetizando un tiempo más, avisando a los israelitas que de nada servía asistir a los templos para las celebraciones religiosas, si no practicaban la justicia, la honestidad y la rectitud de la vida. Entonces recibió una última visión: un devastador terremoto, seguido de una invasión militar (9,1-4). Y comprendió que ya no había más nada que hacer. El fin era inminente. De modo que abandonó el reino de Israel y regresó a su patria, a sus tierras y a su ganado. Su carrera de profeta había concluido.

Una tarde de verano del 721 a.C., mientras el pastor de Técoa quizás cuidaba las ovejas en la tranquilidad de su aldea natal, pudo sentir los estruendos de una feroz invasión militar: eran los asirios, que habían irrumpido en Samaria, habían destruido el reino y se llevaban deportados a la población del país. Sus vaticinios finalmente se habían cumplido.

Nunca nadie, antes de Amós, había anunciado una catástrofe de tal envergadura contra el pueblo de Israel. Por eso sus palabras causaron honda impresión entre supervivientes, que años más tarde decidieron recogerlas en un libro hoy conservado en la Biblia. Fue el primer profeta de quien se guardaron sus oráculos. El libro contiene 9 capítulos, con sus sermones ordenados de la siguiente manera: Las profecías contra los vecinos de Israel, de su primer sermón (c.1-2). Las profecías contra Israel (c.3-6). Las cinco visiones que recibió, más el relato del enfrentamiento con el sacerdote Amasías de Betel (c.7-9). Para que el libro no resultara tan pesimista, siglos más tarde un autor anónimo le agregó al final un apéndice esperanzador, anunciando en el futuro la reconstrucción del reino, la restauración del pueblo, y la prosperidad de la tierra, perdida por la irresponsabilidad de sus dirigentes (9,11-15).

Ver lo que no se ve

Quien quiera conocer a un profeta, debe leer a Amós. Porque aunque tuvo una carrera muy corta, de apenas pocos meses, sin embargo fue el gran iniciador del profetismo en Israel.

Amós se había dado cuenta de la perversión que reinaba en el país. Había descubierto que las injusticias sociales, la mentira institucionalizada, la indiferencia ante el sufrimiento ajeno y la hipocresía religiosa habían carcomido los cimientos de la sociedad, y amenazaban con tirar abajo la estructura

ciudadana. Pero su audacia más grande fue la de anunciar la tragedia precisamente cuando nada lo hacía prever. Cuando sólo se veía prosperidad y estabilidad económica, en un reino que atravesaba los mejores años de su historia.

Amós tenía el don de ver donde nadie veía. Comprender que las situaciones, en apariencia favorables, son falaces cuando están edificadas sobre la pobreza de muchos y el martirio de los desheredados. Que no puede haber religiosidad sin ética, y que no hay ética sin justicia social.

La Iglesia, al conservar el libro de Amós dentro de la Biblia, quiso conservar también una explosiva invitación a sus lectores. Invitación a ser capaces de ver más allá de lo que todo el mundo ve. Capaces de descubrir en el cielo aparentemente calmo de nuestra sociedad, las grandes tormentas que se avecinan. Capaces de descubrir los desajustes que la surcan, y denunciarlos: la deshonestidad de los políticos, la corrupción de los jueces, el autoritarismo de los funcionarios, la explotación de los ricos, la violencia de los poderosos, la hipocresía de muchos religiosos. Antes de que sea demasiado tarde, y los "asirios" modernos la hagan colapsar sin remedio.